

Aventuras en la mina de la muerte

Juan Antonio Di Bella

|PĒL|

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Ávila Olmeda

Gobernadora Constitucional del Estado de Baja California

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

Antonio Espinosa Rivas

Subsecretario de Cultura y
Coordinador General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Javier Fernández Acévez

Director Editorial y de Fomento a la Lectura

Aventuras en la mina de la muerte

D.R. © 2022 Juan Antonio Di Bella

D.R. © 2022 Instituto de Cultura de Baja California.
Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2022.

ISBN: 978-607-8661-23-7

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri.

Corrección ortotipográfica: Karla Isela Mora Corrales.

Diseño editorial: Rosa Espinoza.

Ilustraciones de interiores y portada: Fernando García Rivas.

Imagen en solapa: Juan Antonio Di Bella a la edad de 8 años durante la ceremonia de clausura del ciclo escolar 1969-70 del Colegio Frontera, ocasión en que obtuvo la Banda de Honor al mérito académico, deportivo y moral. Mexicali, Baja California.

Jurado calificador: Ángel Balbuena Sandoval, Gabriela Peyrón y Bertha Hiriart.

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la repografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA 2020

· Cuento para niños ·

Aventuras en la mina de la muerte

Juan Antonio Di Bella



¿No es increíble todo lo que puede tener dentro un lápiz?

Quino (Joaquín Salvador Lavado), humorista y dibujante argentino, creador de Mafalda, encarnación de una niña que representa la aspiración de hacer de éste un mundo mejor, aunque la envuelven el pesimismo y la preocupación debido a las circunstancias negativas que aquejan de manera constante a nuestro planeta.

Es mejor vivir un día como león que toda una vida como oveja.

George M. Schultz, humorista y dibujante estadounidense, creador de la tira cómica Peanuts y de su icónico personaje Snoopy, un sabueso mascota aficionado a filosofar e imaginar vidas fantásticas.

A la Agnes y al Román.

Un cuento es como un dibujo que se traza con palabras en la hoja blanca de papel. Así que con palabras dibujaremos el cuento de cómo Agnes y Román emprendieron un imaginario viaje de aventuras en la mina de la muerte.

Empezaré por decirles que Román tiene diez años y medio de edad. Es bajito pero fuerte, no muy delgado, pero tampoco gordo, tiene los ojos y el pelo negro, y su signo zodiacal es Capricornio. Dicen que por eso es algo serio, de carácter ordenado, y que por las mañanas tiene aires de soñador, aunque por las tardes es todo lo contrario: le gusta ser alegre. Entre sus principales gustos, en primer lugar está la pasta de espagueti (de preferencia con albóndigas y mucha salsa de tomate). En segundo lugar, le siguen las papas fritas chatarra; y en tercero, casi a la par que los sándwiches de jamón con pura mostaza, el hielo raspado con jarabe de limón.

Román también adora los perros, no importa de qué raza, y además colecciona canicas, latas vacías, recortes de revistas ilustradas y algunas veces, sobre todo en época de lluvias, caracolas. Al igual que muchos otros niños de su edad, la diversión favorita de Román es ver películas de héroes en acción, documentales científicos y





por supuesto caricaturas. En ocasiones lee cuentos, pero sus tres pasatiempos preferidos son escuchar música, aprender ajedrez por computadora y dibujar con sus amigos por las tardes después de terminar de hacer la tarea.

La hermana de Román se llama Sara, y es mayor por casi dos años. Es una niña inteligente, muy delgada, prudente y animosa, usa lentes para leer y hacer la tarea, aunque para jugar no los necesita. Le gusta la danza y dibuja casi tan bien como Román. A Sara no le gusta la pasta, de hecho ningún tipo de comida, para ella comer “es perder el tiempo”, hecho que vuelve locos a sus mayores, quienes se preocupan mucho por su estado físico y mental, aunque ella se siente más saludable que una sandía.

Tulio se llama el primo menor de Román y de Sara. Es hijo único de la tía Amparo, y futbolista a morir. Cuando no juega pelota en el parque, al igual que sus queridos primos Tulio suele también dibujar y admirar sus dibujos mientras merienda en la cocina pan tostado con crema de cacahuete, mermelada de fresa y leche fría.

Carlos es el vecino de Tulio y es otro buen dibujante. Futbolista no se diga: portero de posición y especialista en atajar penaltis. Él es hermano mayor de Agnes, una vivaracha niña

de casi nueve años y quien, a decir de Román: “solamente se la pasa opinando y ni siquiera sabe dibujar”.

En una ocasión, después del horario de la escuela, cuando Román, Carlos, Sara y Tulio admiraban satisfechos un gran dibujo colectivo recién coloreado por ellos mismos sobre una enorme cartulina, los cuatro tomaron la decisión de formar un club de aventureros dibujantes.

No tenía el club ni un minuto de haberse formado cuando a Román, en su función de presidente, se le ocurrió la buena idea de que a partir de ese momento, los dibujos que cada miembro presentara se usarían como maquetas de juego para explorar en equipo usando la imaginación.

La idea fue aceptada por todos, y así sucedió que usando como base un dibujo creado por Tulio, un día jugaron a imaginar que se encontraban en un estadio subacuático de fútbol. En esa ocasión, ataviados con aletas, gafas de buceo y una pelota de playa, todos participaron en el juego de la gran final entre las escuadras de La Atlántida (formada por Sara y Tulio) y los Langostinos Satánicos (integrada por Carlos y Román), equipo que resultó campeón mundial por marcador de cuatro goles submarinos a cero.

Otro día, el hermoso y colorido dibujo de la Selva Lacandona que Sara realizó para la clase de Ciencias Naturales fue la oportunidad para que el club se transportara a Chiapas, estado de la república mexicana cuya riqueza étnica y natural ella investigó tanto en libros como en páginas de internet. Aquella vez, en medio de plantas y animales exóticos, se imaginaron platicar con los pueblos originarios que viven ahí,

gente buena, culta, capaz, sabia, trabajadora y algo reservada, pero muy amistosa, de quienes conocieron varias de sus numerosas costumbres tradicionales, como comer tamales de mole, plantar maíz, cantar poemas y preparar atoles de fruta.

Fanático de la ciencia ficción y en especial de los objetos voladores no identificados, Carlos ofreció al club con uno de sus dibujos la oportunidad de viajar en cohete hasta Plutón, vía Saturno, lejanos planetas donde todos se divertieron en grande imaginando que exploraban, con ayuda de la tecnología más avanzada, mundos desconocidos para toda la humanidad. Esa vez jugaron y jugaron hasta que la noche cayó sobre sus cuerpos rendidos, no sin antes librar una feroz batalla de almohadazos “todos contra todos”, juego cuyo escándalo provocó el áspero regaño de los mayores.

La tía Amparo, arquitecta de profesión y por lo tanto excelente dibujante, obsequió al club en cierta ocasión el dibujo de una fabulosa ciudad donde a ella, según les confesó, le gustaría vivir. Era un dibujo fantasioso y lleno de detalles, con edificios y puentes, calles y esquinas, un laberinto vial y una fuente con cascada, placitas hermosas con amplios espacios y escaleras que ascendían en espiral y desembocaban en frondosos jardines con juegos, rincones para esconderse y muchos caminitos.

Cuando el turno llegó de Román para presentar un dibujo, nadie quiso aceptarlo a la primera, ni siquiera Sara, quien por lo regular siempre admiró bastante las ideas artísticas de su hermano menor. El dibujo se titulaba “La mina de la muerte”.

—No me late —dijo Sara—, me parece absurdo y algo morboso.

Aquella severa crítica desencadenó la discusión grupal en torno al dibujo.

–Yo digo lo mismo. ¿Qué vamos a hacer perdidos en esa mina de la muerte, si ni siquiera sabemos cómo es una por dentro?–, preguntó Carlos, para quien una aventura sin naves espaciales no merecía su voto a favor.

Tulio, sin embargo, titubeó: no pensaba que la idea fuera tan mala, pero tampoco tan buena. Así que guardó silencio y no opinó.

Al sentirse rechazado en lo que parecía ser un verdadero complot en su contra, la mayor sorpresa para Román fue cuando Agnes, que no era miembro del club y se encontraba presente ahí de pura casualidad, dijo sin que nadie se lo preguntara:

–A mí me gustaría explorar la mina de la muerte, suena misterioso y muy emocionante.

Román se quedó mudo y al filo del coraje. ¿Quién invitó a Agnes y además quién le dijo que opinara? –pensó. Sin embargo, al mismo tiempo reconoció que Agnes fue la única que floreció su propuesta de dibujo.

–Bueno, yo creo que sí podemos intentarlo –dijo Carlos, ya con su lápiz de color trazando modificaciones en el dibujo de Román–, pero tendremos que hacer algunos cambios por aquí y otras mejoras por acá, agregar una nave con batería de litio y por supuesto algunos monstruos.

–Entonces yo también pienso que sí –dijo Tulio, inclinando la votación a favor del dibujo de Román.

–De acuerdo –aceptó Sara, haciendo la votación unánime–, pero también voto porque Agnes se integre al club, así tendremos más diversidad de género con dos mujeres y tres hombres.

Agnes –consideró Román en sus adentros–, no podía ser miembro del club por una simple razón: era pésima para dibujar. ¿Cómo entonces aceptar así nomás que tomara parte del juego? Por otro lado, era seguro que sin el comentario favorable de la niña su dibujo no hubiera sido aceptado por los demás.

Incómodo en medio de aquel dilema que le hacía sentir ronchas de molestia en su orgullo, Román fue presa de la duda. Cuando quiso abrir la boca para justificar su negativa fue demasiado tarde, la decisión ya estaba tomada: Agnes sería la quinta integrante del club, y por lo tanto jugaría con sus nuevos compañeros a explorar la mina de la muerte.

Dibujar no es tan fácil como parece, pero tan poco tan difícil: consigues una buena hoja, una cartulina, afilas la punta del lápiz, preparas el bolígrafo, acomodas los colores en la mesa, te sientas y comienzas a crear las primeras líneas rectas y curvas que vas hilando y conectando hasta que las formas aparecen solitas y por arte de magia frente a ti. Entonces viene lo bueno, porque depende del dibujante decidir qué rumbo tomar, y con base en esa dirección obtener resultados finales de buena o mejor calidad. Dicen que los artistas sobresalientes son aquellos que saben aprovechar con alegría y valor este decisivo momento.

La ventaja de pertenecer a un club de aventureros dibujantes –pensó Román, mientras pulía con esmero las puntas de sus colores– es que cualquiera de sus integrantes puede agregar a la cartulina algún pormenor faltante sin ningún problema. Eso permite que las posibilidades de imaginar sean todavía más ricas, y por consecuencia el juego más divertido e interesante.

Por ejemplo, entre otras cosas, al dibujo de la mina de la muerte le faltaba contar con un buen camino de acceso. Ese detalle lo resolvió Carlos, quien dibujó una moderna autopista, con subidas y bajadas, túneles y curvas en forma de ocho que formaban intrépidas vialidades. Él mismo aprovechó para agregar una nave todo terreno equipada con palancas, botones, sistema de video y una capacidad muy favorable para acomodar de cinco a siete pasajeros.

Sara, experta en paisajes naturales, agregó algunas montañas y nubes en el fondo, y hasta un pequeño bosque de pinos con un modesto arroyuelo.

Tulio, siempre tan previsor, agregó por ahí hasta una fuente de sodas “por si a medio camino les daba sed”.

La tía Amparo les sugirió agregar algunas vistas aéreas, a manera de mapas, y que además incluyeran diversos tipos de máquinas de excavación y grúas extractoras. De eso se encargó Román, quien era bueno para dibujar estructuras mecánicas.

Cuando pensaron que el dibujo estaba ya completo para comenzar la aventura, Agnes metió de nuevo su cuchara:

—Un momento —dijo—, se les olvida agregar algo que puede ser muy importante para el éxito de nuestra misión.

“Qué enfadosa” —pensó Román. Sin embargo puso atención con disimulo, quizá podía tratarse de algo ridículo para oponerse a ello.

—Se supone que los gases que se producen en las minas son asfixiantes y venenosos para la salud —dijo Agnes, con un cierto tonillo de experta, cosa que ofuscó a Román visiblemente.

Sin embargo, era cierto. Recordó Román entonces la noticia de una reciente tragedia de mineros que había escuchado comentar a la tía Amparo algunos días antes, y en donde 65 trabajadores murieron, algunos sepultados por la tierra y otros quizá asfixiados por los gases venenosos y la falta de oxígeno.

–¡Máscaras! –exclamó Tulio–. ¡Necesitamos máscaras respiratorias!

Carlos dibujó de inmediato un remolque para conectar a la nave madre, mismo que llenó con máscaras respiratorias así como otros extraños aparejos: tubos, tanques, baterías, carátulas, controles, mochilas, radios, cables, cascos y aparatos electrónicos de todo tipo que ni él mismo supo explicar para qué propósito específico servirían.

–Ahora sí –dijo Sara, presentando de manera oficial la obra concluida a la vista de todos los colaboradores–, gracias a Agnes estamos más que listos para comenzar nuestra nueva aventura.

–Sí –dijo Román, dos rayitas menos que contento.



Nov 2021

Cada dibujo es un juego, y cada juego es una aventura. Ésta se inicia sin que nadie lo note o decida, desde el momento mismo en que las ideas a galope de los jugadores comienzan a inundar la estancia sin adultos. La línea entre lo real y lo ficticio se borra entonces, e igual que en una historia fantástica, dentro del juego se adentran los jugadores, hasta ya no saber ni distinguir lo que es invento, ilusión o mera verdad.

Carlos jaló la palanca del freno y todos se sacudieron en sus sitios dentro de la nave como cuando el chofer del autobús hace una parada repentina.

–No desabrochen aún sus cinturones –indicó con autoridad de piloto–, esperen a que se desplieguen las escaleras mecánicas, también activaré las válvulas de seguridad de los retrocohetes, no olviden que la última vez hubo fugas y por poquito se nos incendia todo.

Haciendo gala de teatralidad y con exagerada cautela Tulio descendió primero. Con sus audífonos estereofónicos y gafas especiales de sondeo nocturno él era el guía: los ojos y los oídos del grupo explorador.

—Avancen por aquí —indicó—, pero traten de no separarse mucho. Parece que por allá se escuchan unos ruidos extraños. Según el mapa, es muy posible que la mina de la muerte se encuentre muy cerca de aquí. Aunque aún no veo nada raro.

Agnes y Sara iban enfrente de Román. Se movían despacio y miraban a su alrededor, como si presintieran que un peligro pudiera salirles al paso. Carlos se unió a la caravana después de apagar los motores y desenrollar las mangueras de suministro. Todos portaban radio, pero sólo él y Román iban armados con dardos de hule espuma y serpentinas atómicas para la defensa en caso de un ataque no previsto.

—Hagamos un alto para consultar la brújula —sugirió Tulio—, no vayamos a caer en un pozo de silencio infestado de pulpo-drones. Carlos dibujó como veinte, ¿recuerdan?

Haciendo caso de la advertencia, Carlos introdujo una contraseña invisible en la palma de su mano para conectarse con la nave y tratar así de eludir algún tipo de problema por falta de una buena geo-localización.

—Bueno..., sí..., llamando al GPS..., llamando a la brújula de la nave..., envíenos por favor un reporte gráfico en 3-D..., necesitamos saber cuanto antes las coordenadas de nuestra posición para no caer en algún pozo de silencio.

—¿Y qué pasa si caemos en un pozo de silencio?—, preguntó Agnes, con notorio interés.

—No sé, pero es muy peligroso, —respondió Román a secas—, así que no tratemos de averiguarlo. Sigán atentas y no se desvíen de la ruta.

La explicación de Sara fue más ilustradora:





—De acuerdo con los estudios científicos que realizamos en el laboratorio de la base, un pozo de silencio puede ser muy peligroso. Si todos caemos en uno sería imposible comunicarnos con el control automático de la motonave para que nos venga a rescatar en caso de emergencia.

Como medida de seguridad el grupo acordó mantenerse en una fila recta detrás de Tulio, quien con sus gafas especiales era el único que podía ver los pozos de silencio y avisar a los otros para que no cayeran en ellos. Así, cuando Tulio detectaba un pozo a la izquierda, todos se movían un paso a la derecha. Lo mismo para el otro lado: cuando Tulio detectaba un pozo a la derecha, todos se movían un paso a la izquierda, y así sucesivamente. Avanzaban con lentitud, zigzagueantes pero seguros de hacer lo indicado para evitar contratiempos y no arriesgar su pellejo. Román se percató que Agnes inclinaba su cuerpo, apartándose ligeramente de la fila, como si lo hiciera a propósito, o más bien un imán poderoso la atrajera. No pasó mucho tiempo para que los ojos desorbitados y las mejillas infladas de Agnes le indicaran a Román que la niña había caído en un pozo de silencio.

—¡Alto —exclamó Sara—, detengan el avance, código rojo..., código rojo!

Román tomó con firmeza la cintura de su hermana para impedir que ella también se fuera flotando hacia el vacío de aquel pozo. Agnes, sin embargo, soltó la mano de Sara y se dejó ir. Incapacitada para emitir sonido alguno, todos vieron con asombro cómo Agnes trataba de pedir auxilio con silenciosa desesperación, al mismo tiempo que su cuerpo se iba flotando a la deriva hacia lo desconocido de aquella muda y sorda profundidad.

Un segundo después el rostro de Agnes se descompuso en un gesto cercano al terror. Trató de comunicar algo mediante gesticulaciones, pero sin palabras lo único claro fue que nadie le entendió. Señaló con una mano justo arriba de su cabeza, como si algo le atacara o estuviera a punto de hacerlo.

—No inventes —dijo Carlos, con inoportuna ironía—, ¿a poco quiere que le hagamos piojito?

Al darse cuenta de que sus compañeros no podían percibir con sus ojos desnudos la amenaza invisible que caía sobre ella, Agnes formó un “doble cero” con las manos, luego pegó éstas a su rostro para simular unas gafas. Sara entendió de inmediato y arrebató a Tulio las suyas.

—¡Atención, retaguardia —exclamó entonces—, preparen, apunten y hagan fuego de inmediato, un pulpo-dron está a punto de pixelar la cabeza de Agnes!

Carlos y Román se voltearon a ver y sin mediar palabra entre ellos se dispusieron a actuar en perfecta coordinación: Carlos tiraría un dardo, Román una serpiente. Y a la una-dos-tres dispararon al mismo tiempo.

—¡Dieron en el blanco con un solo tiro! —exclamó Tulio—. ¡Excelente puntería, compañeros, muy bien!

Sara aprovechó para arrojar una cuerda salvavidas a Agnes, quien no logró atraparla sino hasta después de varios intentos. Jalaban la soga entre los tres, mientras que Tulio cuidaba que nadie más resbalara hacia el pozo de silencio. Cuando Agnes estuvo a su alcance, Sara la cogió del brazo y la extrajo por fin fuera del peligro. Sana y salva, Agnes se colocó en cuclillas para recuperarse. Carlos sacó la cantimplora y ofreció a su hermana algo de jugo para mitigar el susto.

Román no pudo ni quiso ocultar su fuerte molestia después del episodio. Convocó de inmediato a una junta de emergencia para reagruparse y poner en claro las reglas internas de disciplina. Siendo la más importante de ellas –explicó–, no poner en riesgo con actos irresponsables la seguridad del grupo.

Agnes protestó:

–Pues arriesgarnos es parte del juego. Sólo a ti te parece divertido que sigamos las instrucciones como si fuéramos robots de tu pertenencia.

La fricción de la escena sacaba chispas, se hizo entonces muy evidente que Agnes y Román no se llevaban para nada bien.

–No empecemos a pelear, somos un equipo– intervino Sara, tratando de ventilar las emociones de aquel viciado ambiente.

Y en eso estaban cuando el teléfono sonó. Era la mamá de Agnes, buscaba a sus hijos para merendar. Tulio también tuvo que irse, la tía Amparo lo esperaba porque tenían repaso de inglés. Sara y Román se miraron con desilusión, hubieran querido proseguir con la prometedora aventura.

Antes de separarse, el grupo acordó reunirse a la misma hora el día siguiente, que era sábado, para continuar el avance exploratorio hacia su escalofriante destino: la mina de la muerte.

Aparte de la gente que dibuja mal, tira basura o maltrata a los perros, nada le molesta más a Román que la gente que no cumple con una cita. Por eso cuando Carlos y Tulio no se presentaron el día siguiente para continuar la exploración, Román se sintió muy irritado, y así lo hizo saber a Sara.

–Podemos continuar con el juego otro día –dijo ella, tratando de animarle–. Ah, y se me olvidaba decirte, Agnes vendrá en un rato más.

–Otra vez Agnes –soltó Román–, ya me está cansando esa Agnes: Agnes para todo. ¿Quién le dijo que sabe dibujar? Y además, ¿a qué viene? Sin los demás no se puede continuar con la exploración.

–Vendrá a imprimir una tarea –informó Sara–. La verdad, yo también tengo cosas que hacer, mamá me pidió desde hace días que la acompañe de compras. Por cierto, ¿necesitas algo del súper?

Román se hizo el sordo.

“Sí, ajá –pensó con despecho–, ahora resulta que todos están muy ocupados. Pero claro, como se trata de mi dibujo, a nadie le importa, y precisamente en sábado, el día que se supone hay más tiempo libre”.

—A todos nos gustó tu dibujo —insistió Sara, al notar que su hermano seguía mustio y disgustado—, no hubiéramos votado a favor de no ser así. Tampoco es mi culpa que mamá me haya pedido acompañarla. Y ya sabes que Carlos y Tulio tienen cada sábado su práctica de fútbol. ¿Por qué no exploran juntos Agnes y tú?

Román no quiso escuchar más. Tomó una cartulina, sus colores y salió al jardín. Había caído algo de llovizna por la noche y afuera soplaba una brisa fresca, estremecedora, aunque el sol primaveral brillaba tibio y sabroso. Sobre la hojarasca húmeda algunas caracolas deslizaban sus extraños cuerpos de gelatina viviente, otras trepaban por la corteza de los troncos y muros de ladrillo en busca de humedad o de alimento.

Román admiró la calma y determinación de los viscosos animalitos para avanzar a ciegas dentro de ese jardín que era todo su universo. Sentado en la banca dibujó caracolas por un buen rato hasta que se cansó. Un molusco trepó a la mesa, y Román se entretuvo al contemplar la forma alienígena de su cuerpo. El bicho avanzaba con determinado tesón y en cámara lenta, dejando tras de sí una fina estela de baba. En eso estaba Román muy embebido, cuando una repentina presencia le hizo volver la cabeza con sobresalto.

—¡Hola! —era Agnes.

Un rayo de sol rebotó en el cabello de la niña, quien lo llevaba recién lavado y engominado.

—Mira, huele —dijo ella, acercando su muñeca a la nariz del sorprendido Román, quien aspiró ligeramente el perfume sobre la piel de Agnes. El frutal aroma le recordó las cerezas.



–Vine a imprimir un trabajo de la escuela –explicó la niña–, tu mamá le dijo a mi mamá que tú podías ayudarme a conectar la computadora. ¿Qué estás dibujando?

Román clavó su mirada en la cartulina y recalcó algunas líneas al azar.

–Nada importante –contestó–, sólo caracolas.

–Guácala, no me gustan –dijo ella, para el enfado de Román–, son algo bonitas pero se pasan de pegajosas. Pero lo que más asco me dan son las lombrices cuando salen de la tierra: mega guácala.

Román no respondió, pensó que Agnes era una niña algo chiflada y muy propensa a dar opiniones que nadie le pedía.

–Me gustaría saber dibujar tan bien como tú –dijo entonces Agnes para el mayor asombro de Román, que no se esperaba un cumplido tan directo–. El dibujo de la mina está quedando muy bonito. Algún día quisiera saber dibujar tan bien como todos ustedes.

Román cambió de lápiz para trazar algunas briznas de césped sobre la cartulina repleta de caracolas.

–Bueno, sí –respondió a la niña, ocultando su satisfacción ante el halago–, es de los más elaborados y completos que hemos hecho. Todavía se puede mejorar. Esa es la importancia de la exploración, sirve para tener más ideas. Pero los demás no vinieron hoy, así que...

Agnes tomó un color y sin pedir permiso comenzó a delinear lo que parecían caracolas. Román comprobó con envanecido gusto que el talento de Agnes para dibujar era de risa. Sin embargo no dijo nada, y la dejó hacer.

—¿Entonces —preguntó ella, tratando de disimular sus fuertes ganas de saber la respuesta—, ustedes exploran solamente cuando están todos?

—Por lo regular, sí —respondió él—, es más divertido, aunque no siempre. A veces Sara y yo exploramos juntos sin que estén los demás, como hoy, por ejemplo, que nadie vino. Nos ponemos a dibujar y algunas veces exploramos. Pero ella también se fue. Parece que todos se pusieron de acuerdo.

Una entusiasta expresión de aliento se dibujó en el rostro de Agnes ante la posibilidad de continuar ella sola junto con Román la aventura.

—Si tú quieres —propuso—, después de imprimir mi tarea podemos explorar juntos tú y yo.

Román fingió no escuchar. Vamos a imprimir —dijo solamente.

Caminaron hacia una estación de trabajo dispuesta al fondo del pasillo. Román encendió los aparatos, insertó el dispositivo de memoria y ordenó hacer una impresión en blanco y negro. Aguardó en silencio hasta que la máquina hubo terminado su tarea. Una vez impresas, Román ordenó las hojas y las entregó a Agnes, quien las acomodó con esmero dentro de una carpeta. La niña agradeció con un ligero gesto, guardó su trabajo en la mochila y esperó a que Román desconectara el equipo para decir:

—Yo sé que a ti no te gusta cómo dibujo, y por eso tampoco quieres que sea miembro del club, ni que participe en sus aventuras. Pero los demás sí quieren, y la opinión de todos vale más que la de uno. Es lo que se llama democracia, por si no lo sabías.

Román hizo un esfuerzo para ignorar el comentario. “¿Por qué me fastidia?”, pensó. Quiso estar a solas de regreso en el jardín y dibujar caracolas.

–El que no sepas dibujar es lo de menos –aclaró, enfático–. Lo que sí me molesta mucho es que pienses que todos somos igual de tontos para creer que tu caída en el pozo de silencio fue un accidente y no un acto descarado para llamar la atención.

Agnes se sorprendió primero, luego se irritó al sentirse expuesta sin más. Tomó sus útiles y se alejó con indignada prontitud.

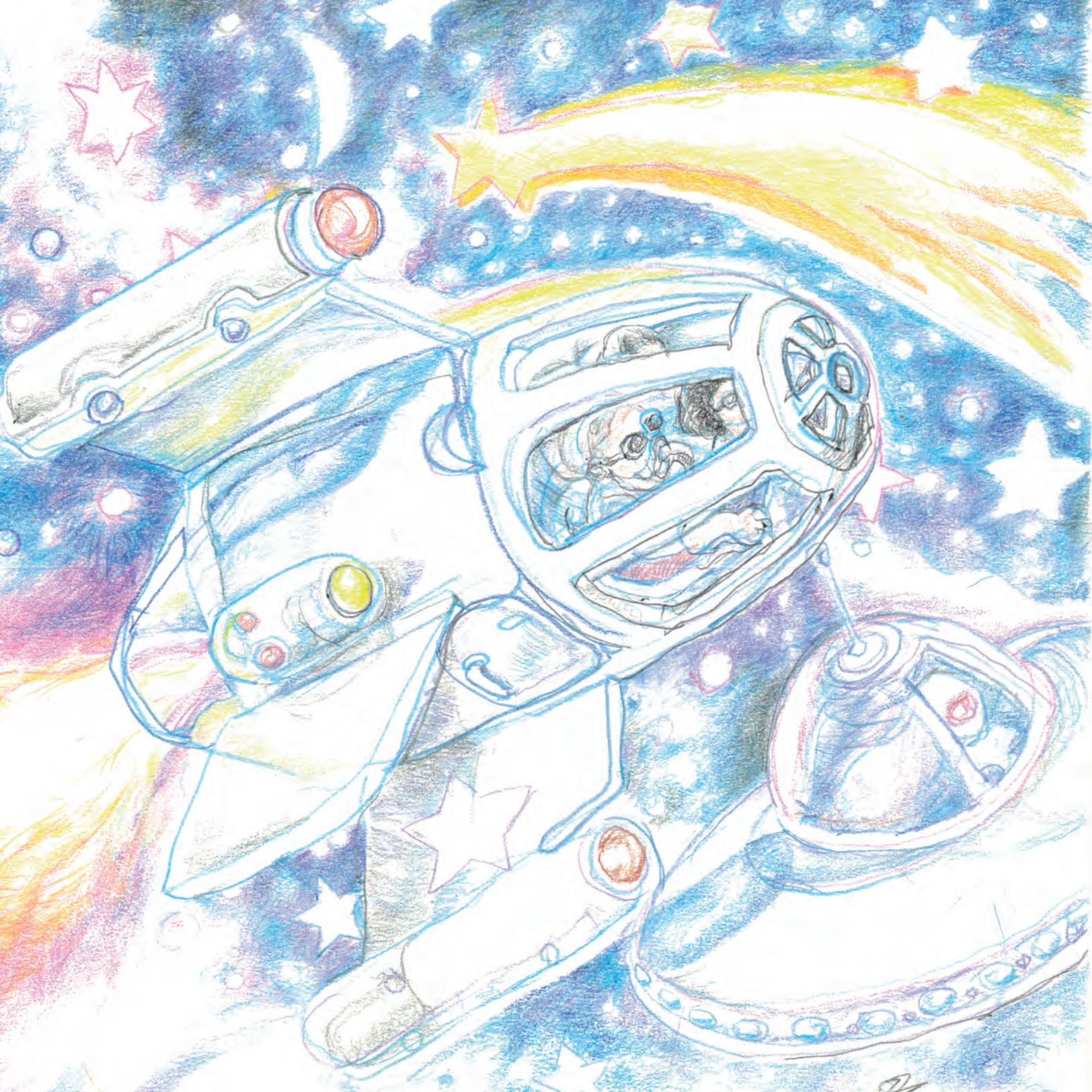
–Espera, a dónde vas –dijo Román, pero la niña ya había dado la vuelta por la esquina del pasillo.

Román la siguió con incertidumbre hasta el estudio, espacio predilecto donde el club realizaba todas sus sesiones ordinarias de dibujo, y donde además planificaban y ponían en escena la mayoría de sus exploraciones.

Agnes botó al suelo su mochila. Se tomó un par de segundos para calcular sus palabras, luego sostuvo la cartulina con el dibujo de Román, giró su cuerpo y con tono solemne declaró:

–Si tú no quieres que explore contigo la mina de la muerte entonces yo lo haré sin tu ayuda, no te necesito. Usaré un avatar. ¿Sabes?, puedo imaginar uno en mi mente sin dificultad, sólo necesito tronar los dedos tres veces y aparece. Es un truco secreto que aprendí de una película y lo uso cuando estoy sola y aburrida.

Román escondió una sonrisa. Comenzaba a descubrir algo en la ingeniosa tenacidad de Agnes que no le parecía tan desagradable ni antagónico.



La imaginación no es la nave, pero sí el combustible. Con el resto del grupo ausente, Román entendió que el elemento impulsor de la nave se podía terminar de un momento a otro. Así que antes de que la aguja en el imaginómetro indicara “vacío”, el previsor piloto tomó la decisión de interrumpir el avance y hacer una maniobra de parada. Puso en aviso a Agnes para coordinar la operación:

—¡Estamos muy cerca del objetivo... Repito: estamos muy cerca del objetivo..., Hay que detenernos para recargar las baterías antes de continuar! ¡Repito: hay que detenerse para recargar combustible y revisar los mapas, cambio...!

Agnes giró hacia Román y con el pulgar de una mano confirmó la clara recepción del mensaje, mientras que con el índice de la otra mano simulaba abrir y cerrar aplicaciones en una gran pantalla digital que sólo ella veía.

La nave hizo contacto quietamente sobre la superficie de un terreno de aspecto desértico, algo baldío y en aparente abandono.

Agnes miró con paciencia cómo Román deslizó la palanca maestra, revisó las escaleras mecánicas, apagó los retrocohetes, dispuso las mangueras y encendió el

generador. Una vez que todo estuvo en orden aflojó su cinturón de seguridad y se colocó frente a su líder, en espera de las primeras instrucciones.

Román notó con aprobación que Agnes portaba ya cantimploras y cuerdas, así como la radio, las gafas de visión especial nocturna y hasta una mochila repleta con varios dardos y serpentinas atómicas para la defensa.

—Bien —dijo Román, quien ya inspeccionaba el terreno a través de su sonda geográfica de video—, parece ser que estamos rodeados de montañas polvosas y de valles erosionados, prueba de que por aquí han ocurrido extracciones de material, muy probable a cargo de compañías mineras. De acuerdo con el mapa, esa es una buena señal. La entrada a la mina de la muerte está instalada cerca de un cerro sin punta, muy parecido a aquél que vemos por allá.

—¿Cuál? —preguntó Agnes, haciendo su mejor esfuerzo.

—Allá —insistió Román, señalando hacia el horizonte—, aquel cerro chato y polvoso, donde se observan algunas máquinas trabajando, son grandes y ruidosas. La mina es como un gran estómago industrial que se alimenta de trabajadores a cambio de tesoros minerales.

—Ah, sí... ya lo veo —asintió la niña sin desbordar mucho entusiasmo, pues en ese momento hubiera preferido que las tareas de reconocimiento estuvieran asignadas a su cargo, para no tener que soportar sobre sus hombros todo el pesado equipo de defensa y exploración.

Agnes decidió tomar la iniciativa y comenzar el avance, pero Román la detuvo en seco con un ademán. Acto seguido ató el extremo de una soga a su cintura y extendió el otro a la niña para que hiciera lo mismo.

–Esto es solamente para prevenir que no resbales “por accidente” en un pozo de silencio –dijo Román en tono serio, pero no carente de sarcasmo.

Mientras ataba la sogá alrededor de su cintura, Agnes entendió que no sería fácil hacer de las suyas esta vez. “Qué lata”, pensó.

Román dio algunos pasos para reconocer la superficie del terreno a explorar. Agnes lo tuvo que seguir por fuerza, sujeta a la sogá como había quedado.

–Sólo caminaremos unos metros alrededor de la nave por ahora –indicó Román en tono de mando–, recogeremos algunas rocas para su análisis y haremos las pruebas científicas necesarias. Luego volveremos a la nave, instalaremos las tiendas de campaña y esperaremos a los demás sin movernos de aquí. Tú te encargarás de preparar la comida mientras yo reviso los sistemas de navegación y agrego los detalles necesarios al dibujo. Cuando el resto del grupo se nos una seguiremos avanzando. Tú te mantendrás en la retaguardia, atenta a cualquier peligro y siguiendo mis órdenes en todo momento.

Agnes se dio cuenta al escuchar aquella larga lista de instrucciones que su idea de explorar con Román sin la compañía de los otros miembros del club había sido tal vez un grave error. Se le ocurrió que lo mejor sería inventar un pretexto para posponer el juego antes de que la situación se pusiera insoportable con el mandón de su jefe.

A este paso –pensó la niña–, además de atender la cocina tendré que lavar y planchar la ropa, barrer y pulir los pisos, aspirar las alfombras y hasta limpiar los vidrios de la bendita nave. “Tendré que tronar los dedos tres veces para que aparezca mi avatar y me eche una mano, eso de seguro”. Así estaba, al borde de declararse

oficialmente en huelga, cuando sin aviso y para su incredulidad, el cuerpo de Román se desplomó contra el suelo, como si un rayo invisible lo hubiera fulminado:

—¡Rápido —exclamó Román con agitado apuro—, pásame las pastillas de oxígeno, me acaba de morder un arácnido viral!

Agnes se puso tensa, nadie le había puesto al tanto acerca de tales virus y pastillas milagrosas. Quiso saber qué hacer, pero estaba bloqueada, y Román tose y tose parecía realmente no poder controlar el ahogo. Recordó que en las noticias se hablaba seguido acerca de aparatos con tubos que ayudaban a respirar a los enfermos, pensó que no sería mala idea contar con uno para salir de aquel aprieto.

—¡Me asfixio..., rápido..., las pastillas...! —se quejó Román, aumentando el nerviosismo de Agnes, quien estaba a punto del colapso ante la imagen de su líder en el suelo, retorciéndose con intenso malestar.

Pudo Agnes por fin articular algunas palabras para pedir auxilio por radio, pero fue inútil: nadie más estaba en el otro extremo de la línea. ¿Qué hago?, pensó. Por fin controló sus nervios e intentó algo inesperado.

—Dame tu brazo —dijo—, esta vacuna milagrosa será el antídoto perfecto contra la mordedura.

Román ocultó su aprobación, no esperaba que Agnes superara con tal rapidez y habilidad esa trampa que él tendió para poner a prueba los recursos creativos de su subalterna tripulante. Román extendió el brazo y se dejó vacunar. La tos era fuerte, como si una garra filosa le rasgara por dentro la tráquea. Algunos minutos después comenzó a mostrar una notoria mejoría.

Mientras tanto, completamente entregada a su papel de enfermera de campo, Agnes colocó su mochila debajo de la cabeza de Román a manera de respaldo. Luego con un cuaderno comenzó a soplar aire sobre su rostro para ayudarlo a respirar. Le ofreció de beber jugo, hasta que Román indicó con un gesto que ya era suficiente, que se sentía mejor. Agnes, sin embargo, seguía prestando ayuda al líder convaleciente: le dio masaje en las piernas, le desató las correas de los zapatos, le indicó que hiciera inhalaciones profundas, luego presionó la mano contra su frente para checarle la temperatura y que no le diera fiebre.

—Sigue transmitiendo por radio —indicó Román, algo abrumado por tanto cuidado y atención de su afanosa compañera—, no importa que no nos escuchen por ahora: el mensaje quedará grabado en la memoria de la nave para que nuestros amigos nos puedan ayudar cuando regresen.

Agnes obedeció la orden, intuyó que el éxito de toda la misión podía depender de aquel importante mensaje. Ofreció a Román otro trago de jugo, esto pareció lograr recuperarle por completo. Agnes se alegró, supo que había hecho bien su tarea. Pero el gusto no le duró. Román ya estaba de pie, dando instrucciones de nuevo en su postura de jefe. Agnes pensó entonces que Román no era un mal líder, pero algo obsesionado en mantener el control.

¿Quién habrá sido el primer dibujante de toda la humanidad? En algunos libros se dice que dentro de las cuevas que habitaban, los hombres y mujeres de la prehistoria trazaban ya interesantes y coloridas formas: animales, cuerpos celestes, signos mágicos e imágenes sagradas de sus dioses. Es posible que el primer niño dibujante haya sido el primer niño explorador, porque la regla es infalible: niño que dibuja, niño que se aventura a indagar el mundo con ayuda de su propia creatividad.

Agnes recogió los recipientes de plástico donde había servido la comida, la cual consistió de yogur, papas fritas, polvorones de canela y jugo de manzana. Aprovechando el descanso, Román se dedicó a retocar algunos detalles de su dibujo. El rumor de una televisión encendida en una habitación cercana les daba a ambos el pretexto para no hablar entre sí. Cada uno pretendía estar ocupado en todo menos en vigilar los movimientos del otro. De súbito, el contenido de un boletín informativo hizo que Román y Agnes hicieran un alto en sus actividades para poner atención. “Después de transcurrir dos semanas, sigue sin concluir el rescate de los mineros que quedaron atrapados después de que ocurriera una fuerte explosión que provocó grandes pérdidas y daños”.

Agnes fue la primera en comentar:

–Qué feo –dijo–, quedar atrapado debajo de toneladas de tierra en una mina. Y los familiares de las víctimas, pobrecitos, piden ayuda pero nadie les hace caso.

Román se puso de pie, sintió el fuerte impulso de reaccionar ante aquella horrible tragedia. Desde que escuchó por primera vez la impactante noticia algunos días atrás había sentido ansiedad, hasta que se le ocurrió hacer el dibujo de la mina de la muerte como una especie de terapia. Pensaba en los trabajadores, en el sufrimiento físico, en lo peligroso de ese ambiente para cualquier ser humano, en los cuerpos sepultados, tal vez con vida aún pero sin poder recibir ayuda ni ser rescatados. Por su mente desfilaron todas las posibilidades. “No podemos esperar a que los otros miembros del club regresen para actuar”, pensó con aguda preocupación. Giró hacia Agnes, quien ya lo miraba con ojos ávidos de comprender lo que estaba a punto de ocurrir.

Sin declarar sus intenciones, Román corrió hacia la nave. Agnes lo siguió, sentía en la piel que la cosa iba en serio. Sin tiempo que perder, ambos echaron sobre sus hombros el equipo necesario para la misión. Agnes se ocupó de la mochila y cantimploras y se alistó con las gafas especiales de visión nocturna. Román revisó el estado de las sogas y demás aparejos. Todo debía funcionar a la perfección.

–Creo que estamos listos–, dijo Agnes, llena de excitación, aun sin saber qué era exactamente lo que acontecía.

–Espera –dijo Román–, Sara, Carlos y Tulio pueden regresar en cualquier momento, dejemos para ellos alguna pista.

Román trazó un dibujo en su libreta de apuntes, acción que mantuvo oculta a los ojos de Agnes. Se trataba de una tétrica calavera, imagen que luego montó con cinta adhesiva en la parte exterior de la puerta del estudio. Acto seguido, Román dio las siguientes instrucciones:

—Nos acercaremos con mucha cautela a la boca de la mina. Entraremos por ahí y avanzaremos a pie hasta dar con el sitio donde se encuentran atrapados los mineros. Vamos a rescatarlos.

Agnes tuvo la sensación de que le faltaba aire. Sintió calor en su rostro y una mezcla de emociones encontradas en su corazón: miedo, euforia, congoja, duda, desánimo, y luego más miedo. Román sintió compasión por ella. Pensó que era natural sentirse así en aquel escenario.

—No te preocupes —dijo—, de aventuras más peligrosas hemos salido victoriosos. Y esta vez no será distinto, si los dos actuamos con inteligencia. ¿Estamos?

—¡Okey, estamos! —dijo Agnes, menos convencida que mortificada.

Agnes quiso tomar la mano de Román, pero se contuvo. Respiró hondo y entonces preguntó, no muy segura de querer saber la respuesta:

–¿Ya estamos adentro?

–Sí–, respondió Román –me parece que sí, algunos metros adentro. Pero se ve muy oscuro.

Agnes aprovechó el momento y dispuso con rapidez sobre sus ojos las gafas de visión especial nocturna. En su papel de guía, Agnes sintió que esa responsabilidad le sentaba muy bien, y que su importancia en el juego cobraba de repente mayor relevancia.

–Veo dos túneles –dijo–. No..., son tres... Espera..., son cuatro túneles en total que se dirigen hacia cuatro puntos diferentes.

Román percibió que aquella información podría ser bastante útil para alimentar en él su propia capacidad imaginativa, así que decidió no interrumpir el flujo de imágenes proveniente de la niña. Agnes percibió el gesto de confianza que su compañero le brindaba y eso la alentó a proseguir.

—Cada túnel tiene un letrero a la entrada, pero no alcanzo a ver con detalle. ¿Por qué no me sujetas con la sogá mientras yo avanzo y ojeo de cerca?

Román vaciló un instante pero enseguida estuvo de acuerdo. Ató la sogá alrededor de la cintura de Agnes para que ella realizara la inspección sin riesgo de caer en algún pozo de silencio. Sujeta como estaba, Agnes sintió la tensión de la sogá ceder y luego tensarse de nuevo, mientras avanzaba por aquel sitio misterioso y desolado.

—¿Qué miras? —preguntó Román—. ¿Qué indican los letreros?

—Espera —dijo Agnes, luego hizo un ajuste en sus gafas de visión especial—. Ya puedo ver un poco mejor. Parece que son señales o dibujos hechos por alguien que pasó por aquí antes que nosotros. Pero no les entiendo.

—Okey —dijo Román, deseoso de retomar el mando de la acción—. Dime lo que ves para dibujarlo en mi libreta, luego lo pasaré a la cartulina para que todo quede registrado.

—Okey —dijo Agnes—. En el primer túnel veo un pico y una pala.

—¿Un pico y una pala? —preguntó Román.

—Sí, un pico y una pala —confirmó Agnes—, como las herramientas que usan en su trabajo los mineros.

Román dibujó entonces un pico y una pala en su libreta.

—¿Qué ves en el segundo letrero? —preguntó.

—Veo una linterna —respondió Agnes.

Román dibujó entonces una linterna.

—¿Qué otra cosa ves? —preguntó a la niña.

—Una lonchera —dijo Agnes—, el dibujo del tercer túnel es una lonchera.

Román dibujó así una lonchera.

—¿Y el cuarto símbolo...? —preguntó Román con impaciencia.

Agnes guardó silencio, de nuevo no podía ver con suficiente claridad, así que hizo otro ajuste en sus gafas. Ante su tardanza, Román exclamó con desesperada firmeza:

—¡Dime ya lo que ves...!

La niña se quedó muda ante lo que su imaginación había descubierto. Decidió entonces que lo más sabio era retroceder sobre sus pasos. Indicó a Román que jalara la soga para traerla de regreso hacia un punto seguro. Al observar de cerca su rostro, Román detectó en Agnes la ligera palidez que provoca un susto.

Cuando estuvo de nuevo junto a Román, Agnes aprovechó para dramatizar un poco e hizo varias respiraciones profundas hasta lograr recuperarse, también tomó un sorbo de jugo de la cantimplora y se alisó el cabello revuelto. Por fin hizo una seña a Román para que le entregara libreta y lápiz, cosa que Román hizo con marcada reserva pues eran sus preciados útiles de registro.

Agnes se apoyó entonces con dificultad en donde pudo para comenzar a dibujar el símbolo que correspondía al cuarto túnel. Sin dar importancia a la creciente impaciencia de su compañero, la niña se tomó el tiempo suficiente para realizar con cuidado sus trazos, borrar errores, soplar los pedacitos de goma y hacer algunas precisiones en su obra, misma que pasaría por la exigente revisión de un experto dibujante. Una vez satisfecha con su trabajo, extendió a Román la libreta.

–Mira –dijo, segura de que su dibujo calaría hondo.

Un inquietante gesto de sorpresa se dibujó entonces en la frente de Román, que por primera vez en el juego se quedó completamente mudo. La razón de ello: el cuarto símbolo que Agnes dibujó era también, por efecto de alguna inexplicable sincronía telepática, la imagen de una tétrica calavera.



Hay niños que dibujan para divertirse, porque dibujar es un pasatiempo. Hay niños que dibujan para soñar, porque al dibujar se transportan a otros ambientes, espacios con límites y reglas propias. Hay niños que dibujan para experimentar en su conciencia la plenitud y libertad de crear algo nuevo, original, una placentera emoción de hacer aparecer con sus propias manos en el mundo objetos de arte que nadie más igualará, porque cada dibujo es la huella sensible de su autor.

Cuando Agnes dibujó la calavera, ella comprendió con gran novedad que dibujar es un lenguaje similar a escribir, porque en los dibujos se ocultan secretos que se pueden descifrar para dar a conocer un mensaje o una idea. Por su parte, Román sintió genuina emoción al percatarse que Agnes había logrado un importante hallazgo artístico. Retomando su papel de dirigente, el líder de la dupla exploradora elaboró entonces la siguiente deducción:

—La lógica indica que si nos adentramos por el cuarto túnel, donde alguien colocó el dibujo de una calavera, llegaremos hacia donde se encuentran sepultados los mineros.

Agnes lo miró, pero no dijo nada. Una corriente fría le recorrió la espalda, eran gotas de sudor. No se arrepintió, sin embargo, de haber imaginado la calavera que después ella misma dibujó, pues sentía que había dado en el clavo de un enigma que parecía comenzar a despejarse.

—¿Estás lista? —escuchó Agnes.

—Sí —respondió la niña con tenue audacia—, vamos de una vez.

Román sintió un velado orgullo por Agnes, luego hizo un gesto de aprobación con la cabeza y procedió a activar su transmisor de muñeca.

—Aquí Román, llamando a la nave. Estamos a punto de iniciar la exploración del túnel que creemos nos llevará hacia donde se encuentran los mineros. No sabemos lo que vamos a encontrar. Cambio y fuera.

—¿Crees que los otros llegarán a tiempo para ayudarnos? —preguntó Agnes, quería contar con ese respaldo para sentirse más segura.

—Es casi seguro que no —dijo Román, con agria decepción—, ya ves que son personas muy ocupadas, se van de compras y juegan fútbol.

Agnes se sintió más valiosa que nunca, pero también un tanto desprotegida. Supo que Román y ella ejecutarían solos y sin remedio un arriesgado plan que no daba indicios de un final feliz.

—Avancemos, pues —dijo la niña, calándose con ambas manos las correas de la mochila.

Román emprendió la marcha por el túnel y Agnes le siguió de cerca. La sogas que los unía por la cintura se tensaba y aflojaba cada vez que andaban un trecho.

Haciendo buen uso de las gafas de visión especial nocturna los dos niños avanzaron metros y más metros envueltos en la penumbra de aquel túnel sepulcral. Nada vieron por largos minutos, sólo la más hermética oscuridad. Por lo perplejo de sus rostros hubiera parecido que estaban a punto de abandonar la misión. Sin embargo, ambos marcharon adelante, sin palabras de por medio. De repente, Agnes se detuvo, y Román hizo lo mismo al sentir el repentino jalón de la soga.

—Algo no me huele bien —dijo la niña—, ¿será gas venenoso?

Román inhaló con fuerza e imaginó percibir con nitidez el mismo olor que Agnes.

—¡Sí, es gas, pronto —exclamó—, usemos las máscaras respiratorias!

Agnes actuó con la rapidez requerida. En gafas, con cascos de realidad virtual y detrás de cubre bocas y máscaras respiratorias, más que exploradores los dos niños parecían personal sanitario de emergencia.

—Creo que estamos cerca —dijo Román, respirando con cierta dificultad. Agnes sintió que su corazón comenzaba a latir con mayor fuerza. Tragó saliva para enviar una señal de bravura a su cerebro. Quiso decir algo, pero prefirió callar, le avergonzaba pensar que Román pudiera notar demasiado su temor.

De repente, un brillante destello les hizo enceguecer. Alarmados, cubrieron sus ojos hasta que alcanzaron a distinguir las siluetas de un hombre y su joven ayudante que avanzaban con lentitud por el túnel hacia su encuentro. Los dos niños rescatistas se quedaron paralizados, en cardíaca expectación.

—¿A poco son ustedes dos quienes vienen a buscarnos? —dijo el hombre, con abierta incredulidad. Su joven ayudante miraba con la misma reserva a la pareja de exploradores asombrados que se sintieron insectos bajo una lupa.

A corta distancia, Agnes y Román pudieron comprobar que se trataba de dos mineros, ya que uno cargaba una pala y una lonchera, y el otro una linterna y un pico. Agnes miró a Román, y Román miró a Agnes. Nada respondieron, mudos como túteres estaban.

El hombre y su joven ayudante dejaron en el suelo las herramientas de trabajo y tomaron asiento para reposar. Se notaban exhaustos, sucios de tierra y sudorosos. Román se percató de que el hombre y su joven ayudante tenían un gran parecido y dedujo por ello que quizá eran padre e hijo. Observó la piel morena de ambos mineros resplandecer bajo el reflejo de la vieja linterna, cuya vacilante luz era casi insoportable para los ojos en medio de aquel tenebroso lugar.

—Ustedes no saben lo que es estar aquí abajo durante toda la vida —dijo el hombre, con una voz que parecía provenir de las entrañas de la tierra—, trabajando día y noche para ganar un poco de dinero.

Como única respuesta, las bocas semiabiertas de Agnes y Román parecían dos túneles de susto.

—Ustedes no saben —continuó el minero quejumbroso—, no se imaginan lo que es estar aquí adentro, trabajar día y noche debajo de la tierra para mantener a nuestras familias, soportar la humedad, el frío y el calor, los ruidos de las máquinas, los horarios extensos, con el peligro amenazante de una explosión a cada momento.

Agnes se adelantó un paso, tomó la mano de Román y exhaló con dificultad. Al igual que Román, pensó que alucinaba. Una nube de vaho comenzaba a empañar sus ya de por sí obstruidas gafas. Sentía zozobra, ansiedad, confusión, todo mezclado

con algo muy parecido a la ternura. Román apretó la mano de la niña, sentía las mismas emociones que su compañera.

El hombre tosió con fuerza. Luego extrajo un pañuelo y limpió sus labios, que eran marchitos, de un color entre lívido y morado.

–Ustedes nos habrán de disculpar –dijo el hombre con mucha dificultad después de toser–, pero nuestros pulmones son como viejas bolsas llenas de resequedad. Nadie sabe lo que es respirar el aire maligno que nosotros respiramos aquí adentro, en esta tumba donde realizamos nuestro duro trabajo, en la mina de la muerte.

“La mina de la muerte” –fue el eco en el corazón de Román.

“La mina de la muerte” –fue el mismo eco en el interior de Agnes.

La niña fijó su mirada en los ojos del minero más joven y notó que estaban rojos, muy irritados. Era claro que por su gesto agonizante, en sus polutos y maltrechos pulmones se gestaba también un fuerte ataque de tos. Agnes pensó que sería bueno ofrecer la cantimplora para que el par de mineros refrescaran sus gargantas y aliviaran aunque fuera un poco su sed, y así lo hizo.

Agnes y Román decidieron hacer una pausa. El juego se ponía épico de sobra, así que debían tomar importantes decisiones. No siempre se puede actuar a la ligera, y Román supo que aquel momento era crucial.

–Tengo sed –dijo Agnes–, y ya me estresé. Eso de andar amarrados no me gusta, voy a soltarme para descansar un poco, siento que me ahogo.

–Descansa, toma jugo, desátate, haz lo que quieras, pero no pensarás salir corriendo ahora –advirtió Román.

Agnes dio algunos pequeños sorbos. En el fondo no estaba cansada, ni aburrida, sólo sentía cierta frágil angustia. Asumió el reto y prestó atención a Román, que mantenía en su rostro la mirada firme del cabecilla que no acepta desertores.

–Vamos a continuar –dijo–, hasta que lleguemos al final del túnel y encontremos lo que hay ahí. Sea lo que sea. No me importa tu miedo, ni que te aburras.

Agnes sintió que aquella instrucción autoritaria por parte de Román no era del todo injusta. Ella misma quiso iniciar el juego, e incluso insistió con obstinada actitud para que Román aceptara explorar la mina de la muerte sin la ayuda de los otros

miembros del club, que felizmente andarían de compras o jugando pelota. Debía entonces soportar las consecuencias hasta el desenlace, no obstante que éste le pareciera peligroso y hasta terrorífico. Suspiró para sentir alivio, tomó un último sorbo de jugo, puso orden en su mente y finalmente dio un pequeño brinco para asentar bien en sus hombros el peso de la mochila.

–Okey –dijo, convencida de tomar la decisión correcta y de portarse a la altura de las circunstancias–, sigamos entonces de frente.

Román se mostró complacido. Sabía de antemano que el amor propio de Agnes no le permitiría abandonar la misión en ese instante hipercrítico.

–Bueno –dijo–, vamos a pedirles entonces que nos guíen hacia el punto donde se ubican los demás mineros atrapados.

–Pero hay que decirles que somos sus amigos –propuso Agnes, curándose en salud–, para que sepan que los venimos a ayudar, y no a otra cosa.

–Okey –exclamó Román–. No debemos olvidarlo: nuestra misión es rescatar a los trabajadores de la mina antes de que explote de nuevo.

Agnes asintió varias veces con la cabeza, trataba con ello de convencerse a sí misma de cumplir con una importante obligación moral.

Román encendió su transmisor y envió el siguiente mensaje:

“Aquí Román..., desde uno de los túneles que desemboca en el interior de la mina de la muerte..., favor de responder en cuanto escuchen este mensaje. Hemos logrado hacer contacto con dos de los mineros. Trataremos de avanzar con ellos hacia donde se encuentran las demás víctimas. Contamos con buen estado de salud

gracias a las máscaras respiratorias que funcionan a la perfección. El aire aquí adentro es maligno y asfixiante. Hay mucho peligro y amenazas, pero tenemos suficiente parque y armamento. Agnes dice que envía saludos y que se encuentra muy bien. Seguiremos en contacto. Cambio y fuera”.

Román consultó algunos datos en la brújula GPS, y sin mirar a Agnes dijo:

–Vamos a tener que apurar el paso, esta mina huele a muerte, como su mismo nombre lo indica.

–Sí, –afirmó Agnes–, si uno no cae intoxicado por el gas venenoso, termina aplastado por un derrumbe, mordido por una araña loca o herido por las fuertes explosiones, sin contar los pozos de silencio y los traicioneros pulpo-drones.

–Hablando de explosivos –dijo Román, mientras escuchaba en su aparato receptor auditivo–, detecto fuertes detonaciones, puede que se trate de dinamita. Son como temblores lejanos que se acercan. Escucho también el ruido del motor de las palas y grúas gigantes. Los patrones de la mina han dado luz verde para continuar con las tareas de extracción con los pobres trabajadores aun sin rescatar.

–¿Y por qué toman esa decisión tan malvada, que no hay derechos humanos? –preguntó Agnes, con indignada elocuencia.

–Sí, –respondió Román, sabiendo que había crispado la atención de la niña–. La tía Amparo me explicó que las compañías mineras son depredadoras y suelen no

ejecutar salvamentos porque eso les haría perder mucho tiempo y una gran cantidad de dólares. Ella dice que las maniobras de búsqueda y rescate requieren de mucho cuidado, planeación y costosa ingeniería. También me dijo que sin voluntad humana ningún rescate puede ser posible.

—¿Pero por qué dejarlos morir así? —insistió Agnes, sin concebir la causa de tanta avaricia y falta de bondad con la gente trabajadora.

—Son millones de dólares —recalcó Román, sintiendo en su ánimo la misma repulsión de Agnes ante aquella vergonzosa exhibición de vileza y falta de solidaridad frente a la desgracia del prójimo.

—Pero nosotros no estamos aquí para hacernos millonarios —dijo, con decorosa austeridad—, así que el rescate de los mineros es nuestra única y más importante tarea, cueste lo que cueste.

—Okey, tienes razón —dijo Agnes, sintiendo pena ajena y una gran responsabilidad al saber que ella y Román harían todo lo posible para detener la penuria de los infortunados mineros.

Un segundo después, ambos niños se dieron cuenta de que habían pasado por alto la ausencia del hombre y su joven ayudante, quienes ya no estaban ahí, cerca de ellos, sino que habían emprendido su camino. Pero, ¿hacia dónde?

Por fortuna, Agnes logró muy pronto hacer contacto visual con ellos:

—Mira —señaló a la distancia—, allá van los dos, caminan despacio con la ayuda de su linterna.

Román asintió.

—No hay tiempo que perder —dijo—, tomemos nuestras cosas y sigamos el rastro.

Agnes y Román continuaron con mucha cautela su incursión en la mina a través de aquel túnel cadavérico. Atados con la soga semejaban un solo y extraño organismo de cuatro pies y cuatro ojos. Román iba al frente, era el líder absoluto esta vez. Pisan-do sobre guijarros, riachuelos y trozos de madera, sin mucha dificultad los dos niños avanzaron un buen tramo a través del oscuro ambiente.

De pronto, el temblor que producían las máquinas se hizo más fuerte. Agnes quiso correr, pero ni lo intentó pues su cintura estaba amarrada con la de Román. Sintió que algo le rozó en la cabeza, un trozo de raíz o el ala de un murciélago tal vez. Al percatarse del peligro, Román ideó el escape perfecto. Dio un salto fuera de la alfombra, se apoyó en la ventana del estudio y deslizándose con habilidad trepó finalmente hacia el sillón.

—¡Haz lo mismo —indicó a su compañera—, las máquinas perforan los muros de la mina a nuestro alrededor, nos consideran intrusos y seguramente vienen por nosotros!

Presas del pánico, Agnes ejecutó la orden y estuvo pronto a salvo sobre el sillón junto a Román, quien de prisa aprovechó para plasmar unos retoques en su dibujo.

–Mira –dijo–, se me acaba de ocurrir esto: incluir algunas lombrices gigantes con piel de doble tracción, encima de ellas podremos avanzar con mayor rapidez para escapar de las máquinas excavadoras.

Agnes creyó que Román estaba loco si pensaba que ella iba a trepar sobre un animalucho tan abominable y asqueroso.

–¿Puedes dibujar una mariposa para mí? –preguntó–, porque yo no pienso subirte en esa cosa.

Román pensó que la petición de Agnes estaba algo fuera de lugar, dado el apremio. Así que trató de convencerla.

–Una mariposa serviría si quisiéramos volar –explicó–. Aquí dentro del túnel, debajo de la tierra, necesitamos un medio subterráneo de transporte, las lombrices son perfectas y seguras, así que no alegues.

Agnes volvió a pensar que Román estaba mal del cerebro si creía que ella iba a montarse encima de una horripilante lombriz. Román se dio cuenta del desafío, así que intentó utilizar su astucia para tratar de convencerla.

–Okey –dijo–, qué te parece si a tu lombriz la decoramos con algunas flores y le pones además los colores que tú quieras.

Agnes resopló en desacuerdo. Luego propuso una ingeniosa idea:

–Okey, pero además de las flores, quiero que mi lombriz tenga la cara de Mafalda. Román se puso rojo de incredulidad.

–¿Qué? –exclamó.

Agnes hubiera aceptado todo, menos dar su brazo a torcer. Sentía que era justo que Román aceptara su modesta petición; además, ella estaba poniendo mucho de su parte.

—Pues si no, no juego —dijo, apostando su mejor carta.

Román pensó que Agnes era realmente un hueso duro de roer. Se sintió atrapado. Después de que él había aceptado jugar, era Agnes quien imponía condiciones y amenazaba con dejar todo tirado y sin concluir. Quiso no ceder, pero estaba seguro de que Agnes era capaz de defender su postura con la terquedad de costumbre. Se rascó la cabellera al mismo tiempo que aceptó complacer el deseo de la niña.

—Bueno —dijo—, ¿y de dónde voy a sacar una Mafalda para dibujar?

Agnes hizo una señal con la mano para que Román esperara. Luego abrió su mochila y extrajo de ella un pequeño libro de historietas con la imagen del personaje aludido.

—Aquí la tienes —dijo.

Román entornó los ojos y movió la cabeza con resignación. Luego copió con destreza sobre una cartulina el dibujo que Agnes ponía como condición para seguir jugando. Le quedó bastante bien, y Agnes se mostró totalmente encantada.

—Gracias —dijo—, ya ves, te quedó muy bonita.

Mientras Agnes coloreaba algunos detalles de su pequeño triunfo, Román comenzó a dibujar su propia lombriz, ésta sí sin una sola florecita, aunque no olvidó agregar algunas estrellas tipo ninja. Cuando estuvo a punto de terminarla, Agnes se aventuró a imponer otra condición.

–Me parece que tu lombriz debe tener también una cara especial –dijo–, yo digo que le pongas la de Snoopy.

Román no protestó, sabía que estaba a merced de Agnes y que no tenía caso gastar energías en oponerse. Dibujó de memoria la cara de Snoopy, que también le quedó más o menos.

–¡Ponle la lengua de fuera –expresó Agnes, abusando con mofa de su momentánea posición de poder–, se verá más chistoso, ja, ja!

Sin objetar, Román cumplió los deseos de Agnes, pero era lo último que estaba dispuesto a conceder. Eso creyó él, porque ante la insistencia de la niña tuvo todavía que ayudar a Agnes a elaborar con tijeras y cartón una máscara de Mafalda y otra de Snoopy para colocar con cinta adhesiva, a manera de caretas, en cada uno de los brazos del sillón que ambos habrían de montar cual lombrices domesticadas.

Una vez construidas y colocadas las caretas, Román sintió que era el momento de poner orden.

–Trépatte en tu lombriz –ordenó–. Montado desde la mía yo te indicaré a detalle lo que vamos a hacer.

–Okey –acató Agnes, presurosa–, pero voy a dejar la mochila, porque pesa mucho. Román pensó que este nuevo capricho de Agnes era demasiado para tolerar.

–No, Agnes –dijo con decisión–, sigue cargando la mochila, ahí traemos los dardos y serpentinas de defensa, no sabemos si los vamos a necesitar.

–Ay, no inventes –opuso Agnes–, cárgala tú si quieres, yo ya me cansé. Y además ya no habrá peligros y rescataremos a los mineros sin necesidad de tantas armas, piensa positivo.

Román se arrepintió de haber permitido que la niña dirigiera a su antojo aquel momento cúspide de la misión. Quiso entonces interrumpir el juego, pero no se animó, las máquinas excavadoras avanzaban con gran peligro hacia ellos.



Malhumorado por el hecho de que Agnes había decidido no cargar la mochila con los dardos y serpentinas de defensa, desde su lombriz con careta de Snoopy, Román activó el transmisor para comunicar a Agnes las siguientes instrucciones y así poder proseguir adelante.

–Vamos a redoblar el paso –dijo–, aseguremos los cinturones porque en alta velocidad y montados sobre lombrices de doble tracción este terreno puede ser muy peligroso. Mantén los ojos abiertos, esta es una zona de máxima seguridad, así que nada de juegos.

–Sí –respondió Agnes, desde su lombriz con careta de Mafalda–, las lombrices son rápidas, pero no habrá peligro. Acabo de ver a los mineros, se fueron por allá. Pronto llegaremos a ellos.

–Okey –dijo Román, incómodo al sentir que Agnes tendía de nuevo a manipular las cosas a su modo.

–Bueno –dijo Agnes–, que llegábamos por fin a donde estaban los mineros, y que nosotros los queríamos ayudar a salir, pero que no podíamos penetrar por culpa de una roca gigante.

–Sí –dijo Román–, y que era imposible avanzar sin ser detectados porque había máquinas y pulpo-drones.

–Y tampoco podíamos pedir ayuda –dijo Agnes.

Román observó que uno de los mineros les hacía señas con una linterna. Alertó a Agnes.

–Mira hacia allá –señaló–, donde se distinguen esas luces. Nos quieren avisar que las máquinas excavadoras se acercan hacia nosotros desde arriba, parece que nos han ubicado con su termo radar. Tenemos que hacer algo para despistarlos y escapar.

Agnes se puso nerviosa con el súbito ingrediente de peligro que Román agregó a su ya de por sí apremiante circunstancia. Recordó que las potentes excavadoras estaban cerca y en su mente comenzó a imaginar el ruido estruendoso que poco a poco los amurallaba. Se paralizó de cuerpo entero, pero confiaba en que pronto encontrarían una salida inteligente. Esperó a que su compañero dijera algo.

Al sentir que tomaba de nuevo el control de las acciones, Román decidió empeorar las cosas para colmo de los males.

–¡Alerta roja, alerta roja –gritó–, los pulpo-drones acaban de atrapar la cola de mi lombriz. Repito: los pulpo-drones acaban de atrapar la cola de mi lombriz. No puedo avanzar, sus tentáculos me están chupando hacia un pozo de silencio..., esto es lo último que puedo decir, avisen a la naveeeeeeeee..., cambio... y... fuera...!

El cuerpo de Agnes era un cauce turbulento de emociones en choque. Ella había dejado la mochila atrás, y Román tampoco portaba dardos ni serpentinas de defensa

contra aquella amenaza 5-G. Sabía en carne propia que caer en un pozo de silencio no era ninguna broma y que los pulpo-drones eran realmente temibles. “Qué lata, debí haber cargado la mochila”. Y ahora, ¿qué hago? –pensó, presa del remordimiento. Disminuyó la velocidad de su lombriz para apearse. Dedujo que no había otra alternativa más que pedir socorro y auxilio. Con la esperanza de que alguien respondiera, envió la siguiente transmisión:

–¡Agnes aquí. Repito: Agnes aquí... Respondan si me escuchan... Román acaba de ser atrapado por los pulpo-drones y las máquinas excavadoras se acercan a toda marcha... No tenemos dardos ni serpentinas de defensa... Vengan pronto en nuestra ayuda...!

Mientras tanto, utilizando un palo de escoba como lanza y uno de los cojines del sillón a manera de escudo, desde el pozo de silencio donde se encontraba atrapado y fuera de comunicación, montado en su lombriz cual quijotesco caballero futurista, Román hizo lo posible por mantener a raya el ataque feroz de los mortíferos pulpo-drones.

Afligida ante la escena, Agnes se puso en cuclillas a la espera de algo, una inspiración, una señal, un milagro, pero no sabía qué. Estaba abatida, se sentía culpable, y el tremendo apuro en el que estaba Román no le permitía idear con claridad un exitoso escape. De pronto, el rostro de la niña se iluminó con el brillo de lo que parecía ser la única y más lógica solución.



Sara dejó las bolsas del mandado en la cocina. Tomó un poco de agua y mordisqueó algo de fruta. Al breve rato, Carlos y Tulio aparecieron, venían agotados, sedientos, todavía con restos de sudor después de la dura práctica futbolera.

Estuvieron en la cocina, platicando de todo. De pronto, al notar que la casa estaba en completo silencio, los tres se dirigieron al segundo piso para ver si Román estaba por ahí, durmiendo la siesta o dibujando, pero nada. De regreso a la planta baja, en la puerta del estudio descubrieron el trozo de papel que Román había colocado ahí como mensaje de auxilio. Les llamó la atención que fuera una calavera. ¿Estarían jugando a los piratas? De inmediato entraron y vieron que en el piso del estudio había un tilichero regado: colores, cojines, recortes de cartulina, cuerdas, tijeras, escobas, cascos, mangueras, utensilios de plástico y cantimploras vacías.

—Parece que aquí estalló la Tercera Guerra Mundial —opinó Carlos—. Miren, ahí está el dibujo de Román, el de la mina de la muerte. Parece que le hizo varias modificaciones, agregó también dos lombrices con cara de historieta. ¿No se supone que lo íbamos a explorar hoy por la tarde todos juntos? Yo quería hacerlo.

–Ajá –dijo Sara–, se supone.

Tulio tomó del sillón una tableta. Abrió la aplicación de grabaciones en audio y la puso en play: era la voz de Agnes, pidiendo auxilio.

Respondiendo al instinto, Sara se asomó por la ventana que daba al jardín. Al percatarse de su silencio, Carlos y Tulio hicieron lo mismo con apretujada curiosidad.

–Vamos –dijo Sara, y salió del estudio, seguida muy de cerca por Carlos y Tulio.

Agnes y Román recolectaban caracolas, mismas que colocaban con cuidado adentro de un contenedor de plástico transparente cuyo fondo tenía hojas de lechuga y algunas rebanadas de zanahoria. Al notar la presencia de sus compañeros, tal como si lo hubieran planeado muy a propósito, fingieron estar muy entretenidos en su tarea.

–Qué hacen –dijo Carlos.

–Sí, qué hacen –dijo Tulio.

Agnes intercambió con Román una mirada furtiva de complicidad. Para Sara fue obvio que ambos se habían puesto de acuerdo. Sin hacer caso a las preguntas, Román tomó una caracola, la puso frente a sí para examinarla de cerca y dijo:

–Mira Agnes, esta es gorda y con antenas largas, tal como las queremos.

Carlos y Tulio se miraron con un gesto que quiso expresar: “Y a este par de locos qué mosquito les picó”. Sara estaba segura, sin embargo, de que Agnes y Román fingían demencia.

–Ah, sí, ya sé, claro –dijo Sara en tono de burla–, van a hacer pozole de caracol.

Carlos y Tulio soltaron una carcajada, se les hizo cómico pensar que lo que Sara decía pudiera ser cierto.

Sin prestar atención a las risas, Román siguió muy en su papel de “caracólogo”. Quería demostrarles que lo que pensarán de él le tenía sin cuidado. En el fondo seguía muy molesto porque Sara, Carlos y Tulio habían faltado a la cita para jugar y explorar su dibujo. Pensó que el club de aventureros dibujantes podía irse al cuerno si todos pensaban hacer lo que les diera la gana. Él no estaba dispuesto a ocupar la presidencia de un grupo tan falto de disciplina. Mejor que le avisaran por correo electrónico cuando sus altezas estuvieran disponibles para explorar.

Después de un tenso lapso, Agnes no se pudo contener un segundo más y tuvo que soltar la sopa sin más remedio:

—¡Román y yo exploramos la mina de la muerte—dijo, como si hubiera abierto un grifo incontrolable de informativa exaltación—, no teníamos dardos ni serpentinillas de defensa, las máquinas excavadoras estaban a punto de aplastarnos, enviamos mensajes y mensajes pero nadie contestó. La lombriz de Román fue atrapada por los pulpo-drones. Con la ayuda de mi avatar intentamos rescatarlo, pero no pudimos, la soga se rompió. Por suerte recordé que los pulpo-drones no funcionan sin internet, así que desconecté el módem de la casa y de inmediato se desparramaron como confeti digital, igual que un videojuego. Tampoco logramos rescatar a los mineros, el muro de roca era demasiado grueso, pesado y duro. Así que regresamos a la nave. Apenas logramos despegar con muy poco combustible, y desde ahí vimos cómo la mina explotó y comenzó a lanzar humo, chispas y trozos de tierra y maquinaria por todos lados!

Sara, Carlos y Tulio miraron a Román, esperaban que agregara algo. Para torturar sus ansias, Román siguió callado al tiempo que sostenía una caracola, y sólo hizo un gesto de indiferencia con sus hombros y cabeza.

—Les digo una cosa —se le escuchó por fin decir—, creo que con estas caracolas podemos hacer experimentos, tal vez una especie de mini zoológico, qué les parece.

Carlos y Tulio pensaron que aquella era una divertida idea, así que muy pronto ya estaban de rodillas sobre el césped, buscando sus propias caracolas. Sara se sentó en la mesa, tomó un color y comenzó a retocar lo que Román había dibujado. La pequeña Agnes recordó que tenía algunos deberes escolares pendientes por hacer, así que se despidió del grupo y enseguida se marchó. Román por su parte se metió a la regadera, tenía ganas de comer un sándwich, tomar leche fría con chocolate y sentarse frente a la tele a ver un buen programa, tal vez algo sobre inventos históricos o animales salvajes en peligro de extinción.

Los cuentos llegan a su final lo mismo que sucede con todos los juegos, todas las aventuras y todas las bolsas de papas fritas. Cuando un cuento termina, otros cuentos comienzan. Este cuento finaliza con un sueño que Agnes tuvo la noche después de sus andanzas con Román en la mina de la muerte.

Agnes se encontraba de pie, como plantada por el destino, frente a la boca de un túnel. Vestía pantaloncillos cortos de mezclilla, sandalias y una blusa blanca de algodón con bordados de colores. Reconoció que aquel túnel era el mismo que en la entrada tenía el dibujo de la calavera, señal indicadora de que en su interior se encontraban los mineros atrapados. Cómo llegó Agnes ahí: quién sabe. Pero nunca había sentido tanto miedo, excepto tal vez cuando soñó que una señora con cabeza de pájaro se comía una lombriz.

Agnes se adentró por el túnel, no tenía claro por qué razón, pero lo hizo. Avanzó casi a tientas, y sólo se detuvo hasta que se sintió perdida. Entonces prestó atención. Notó que el ruido de ninguna máquina extractora se escuchaba. Todo era calma, ni un solo signo de vida. ¿Habré caído en un pozo de silencio?, pensó. ¿Y si los

pulpo-drones me atacan, cómo me defiendo? Román no estaba ahí para ayudarlo, tampoco Sara, Carlos ni Tulio. En medio de aquella desolación, Agnes pensó por un momento que estaba muerta, y que su pequeño cuerpo, ya sin vida, se adentraba caminando en su propia tumba debajo de la tierra, donde sólo las lombrices y los topos en sus madrigueras sobreviven.

De repente, un indicio luminoso surgió en la distancia. Agnes no estaba segura, pero le pareció distinguir la linterna de un minero que avanzaba directamente hacia ella. ¿Sería eso? Ojalá, pensó. Con el corazón a mil por hora, se quedó quieta, temerosa de que sucediera lo peor si hacía cualquier movimiento. La luz se fue haciendo más intensa conforme se acercaba, hasta que Agnes, cegada por la brillantez, se llevó las manos al rostro. De repente, hubo un silbido tan fuerte y agudo que Agnes casi se despierta ensordecida al escucharlo. Pero no fue así: la niña sólo pataleó un poco debajo de las cobijas y luego giró ligeramente su cuerpo hacia un costado de la cama. Seguía dormida, soñando que estaba sola en el túnel, y que una luz intensa la envolvía.

Un poco de tranquilidad llegó a la niña cuando pudo distinguir detrás de la brillante luz la figura de un minero. Con la piel rugosa y curtida por los duros años de trabajo debajo de la tierra, aquel ser casi sobrenatural le miraba con ojos que no eran precisamente amistosos, pero tampoco enemigos.

—¿Qué haces, chamaca! —dijo el hombre, con evidente mortificación—. ¿Qué no ves que es peligroso? La mina puede volver a explotar y venirse abajo en cualquier momento. Y tú aquí, solita.



Agnes se sintió torpe, no tenía respuesta, ella misma no sabía qué hacía sola como huérfana ahí, en lugar de estar en casa, cómoda y segura, jugando con su muñeca, leyendo un cuento, o bien haciendo la tarea. El minero se ablandó al ver que Agnes temblaba de espanto. Le extendió su mano y Agnes la tomó. La pequeña experimentó así un poco de alivio al sentir que nada malo le podría suceder bajo la protección de aquel aparecido.

—Ven —dijo el minero—, te llevaré de regreso a la salida. Pero antes quiero que veas algo.

La niña se dejó llevar, confiada, y el minero la guió, sujeta de su mano. Algunos metros más adelante, en la parte más oscura del túnel, el minero alumbró con su linterna un camino de flores color naranja intenso. Agnes reconoció que se trataba de cempasúchil, flor de muertos. Siguiendo aquel florido camino, llegaron a un sitio donde algunos mineros descansaban, mientras otros fumaban o atendían sus deberes. Agnes se sorprendió, pues eran muchos. Entre ellos había ancianos, hombres maduros, jóvenes y algunos casi niños. Todos recibieron a la pequeña visitante con rostros de alegría.

Sobre el fuego de la hornilla una mujer calentaba el café, junto a ella alguien preparaba tortillas mientras revolvía una olla con frijoles en hervor y tostaba chiles, ajos y tomates. Desde el fondo se escuchaba la música de un viejo acordeón. La niña pensó que aquella tonada era algo triste pero también muy bonita. Uno de los mineros se acercó y con gesto amable le ofreció asiento y un jarroncito de barro para beber, también le acercó una tortilla de harina untada con cajeta. Agnes aceptó la

ofrenda, estaba cansada y tenía mucho sueño, hambre y sed. De pronto, notó que un par de ojos le miraban fijamente desde un oscuro rincón. Se puso nerviosa, pero al mismo tiempo sintió que aquella mirada le era familiar. ¿Quién podría ser? Cuando se acercó, Agnes lo pudo saber, era Román.

—Toma —le dijo—, esta es tu calavera.

La niña aceptó el obsequio de azúcar; conocía muy bien esa costumbre mexicana que celebra la muerte. Examinó el dulce tradicional para despejar su sospecha, y así fue: en la frente de la calavera se deletreaba claramente su nombre: “Agnes”.

La pequeña visitante ya no tuvo tiempo de intercambiar impresiones. Con una mezcla de firmeza y suavidad, el minero que la había guiado tomó de nuevo la mano de la niña y enseguida la hizo caminar sin mucha prisa junto a él. Poco a poco atrás quedaron la música, los aromas de comida, las risas, las palabras y el espíritu de los mineros que por siempre permanecerían ahí, sepultados, en el mismo lugar donde pasaron la mayor parte de sus vidas trabajando, hasta que un trágico día sucumbieron, atrapados bajo los pesados escombros.

Caminaron un buen trecho sin hablar hasta que en la distancia apareció el boquete de una salida. Agnes sintió en sus mejillas la sensación del aire fresco que le hizo una caricia de esperanza. Respiró hondo y hasta el aroma de la hierba húmeda creyó distinguir. Sus ojos se agrandaron, era bueno ver otra vez la luz natural del exterior. Sintió consuelo, pero a la vez pesadumbre cuando el minero soltó su mano y le dijo:

—Ahí está la salida, camina un poco más y llegarás a ella. No te detengas ni vuelvas otra vez por aquí.

Agnes quiso decir algo, pero su lengua estaba muda. Agradecida, simplemente extrajo de su bolsillo un trocito doblado de papel. El minero sonrió al notar que se trataba de una calavera. Aceptó el regalo con gusto y dijo, antes de volver sobre sus pasos y desaparecer para siempre:

—Esta calaverita será mi amuleto de la buena suerte aquí abajo, en esta profundidad eterna.



EPÍLOGO

El club de aventureros dibujantes no volvió a sesionar de nuevo, así que con el tiempo terminó por disolverse. Román tomó interés por las clases de pintura, y al poco tiempo mejoró mucho como dibujante, al grado tal que ganó un concurso y lo invitaron varias veces a participar en exposiciones, e incluso para ilustrar un libro de cuento para niños.

Sara siguió dibujando también, pero ya no con el mismo entusiasmo; en cambio comenzó a escribir poemas y a participar en un taller de danza, actividades que junto con sus estudios de secundaria la mantenían muy ocupada.

Carlos y Tulio fueron seleccionados con el equipo de Baja California para ir a Toluca, Estado de México, a competir en la copa nacional infantil de fútbol. Su equipo logró llegar a la final pero la perdieron por un maldito gol de diferencia. Ninguno siguió interesado mucho en dibujar, pero algunas veces lo hacían, sobre todo Carlos, cuya atracción permaneció hacia los temas fascinantes de la ciencia ficción.

En cuanto a Agnes, gradualmente comenzó a perder el gusto por jugar con las muñecas y de convivir con su avatar. Un día, en las fechas cercanas a la Navidad,

para sorpresa de todos quienes la conocían, ella sola tomó la iniciativa de donar sus juguetes para los niños pobres. Sin embargo, conservó para ella su preciada colección de historietas, obvio que de Mafalda y Snoopy. En una ocasión escuchó a Sara decir que el yoga era una práctica muy antigua para mantener el cuerpo sano y la mente en armonía con el corazón, así que se puso a buscar y logró tomar varios tutoriales por internet. La última novedad es que ya realiza varias posturas de cabeza. En cuanto a dibujar, Agnes también lo continuó haciendo de vez en cuando, pero relajadamente, como una actividad de concentración y sobre todo flores, estrellas, pulpos, caracolas, y en ciertas épocas del año unas curiosas y extrañas calaveritas.

ANEXO MUSICAL

La mina de la muerte

(corrido-*blues*)

Bm Em Am Bm

Esta es la historia amigos que les vengo yo a contar
De dos niños muy valientes que son Agnes y Román
En una tarde juntos decidieron internarse
En las profundidades de un tenebroso lugar.

Am Bm Am Bm

La mina de la muerte donde la suerte se echa

Am Bm Am Em F#7

La mina de la muerte donde el peligro acecha.

La mina de la muerte no es un sitio amigable
Ahí la gente pobre lleva una vida miserable
Extraen de las entrañas de nuestra madre tierra
Muchos metales finos y brillantes como estrellas.

La mina de la muerte donde la suerte se echa
La mina de la muerte donde el peligro acecha.
Allá vienen pulpo-drones y grandes maquinarias
Que a la tierra han herido con saña milenaria
Empresarios criminales que se llevan el tesoro
Para enriquecer sus arcas con la vida, sangre y oro.

La mina de la muerte donde la suerte se echa
La mina de la muerte donde el peligro acecha.
Román le dijo a Agnes “tenemos que correr,
A los mineros atrapados debemos socorrer”.
Agnes respondió: “Que empiece la aventura”
Nunca antes en su vida se sintió tan segura.

La mina de la muerte donde la suerte se echa
La mina de la muerte donde el peligro acecha.
Con Snoopy y con Mafalda, bien armados de valor
Agnes y Román vencieron a la duda y al temor
Los espíritus mineros fantasmear en las minas
Esperando el Día de Muertos para echarse sus tequilas.

La mina de la muerte donde la suerte se echa
La mina de la muerte donde el peligro acecha.
La mina de la muerte donde la suerte se echa
La mina de la muerte donde el peligro acecha.

Aventuras en la mina de la muerte se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Comersia Impresiones S.A. de C.V., en el mes de diciembre de 2022. Para la composición tipográfica de esta obra se utilizó la fuente Baskerville.
Su tiraje consta de 1000 ejemplares.